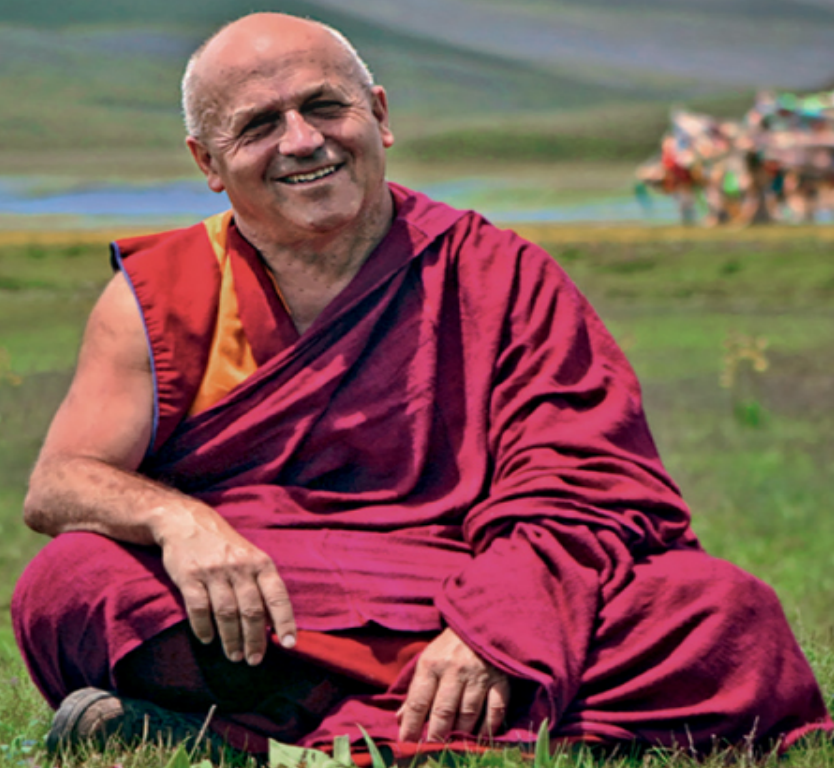


Memorias de un monje budista

Matthieu Ricard

Un extraordinario viaje en busca de
la espiritualidad, de la India al Tíbet,
de Bután a Nepal



arpa

MEMORIAS DE UN MONJE BUDISTA

Título original: *Carnets d'un moine errant*

© del texto: Matthieu Ricard, 2021

© de la traducción: Jordi Giménez Samanes, 2022

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Publicado mediante el especial acuerdo con Allary Éditions
y 2 Seas Literary Agency

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-18741-73-9

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Imagen de cubierta: © Raphaëlle Demandre

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por
ningún medio sin permiso del editor.

Matthieu Ricard

MEMORIAS DE UN MONJE BUDISTA

Traducción de Jordi Giménez Samanes

arpa

SUMARIO

NOTA DEL AUTOR

PARTE I. AL ENCUENTRO DEL MAESTRO

- Capítulo 1. 12 de junio de 1967
- Capítulo 2. De Benarés a Cachemira
- Capítulo 3. De Damasco a París
- Capítulo 4. Una infancia nómada
- Capítulo 5. En el Instituto Pasteur
- Capítulo 6. Siete billetes de ida y vuelta y uno de ida

PARTE II. SIETE AÑOS EN DARJEELING

- Capítulo 7. En permanencia junto al maestro
- Capítulo 8. Vida de Kangyur Rinpoche
- Capítulo 9. ¿Qué es un maestro auténtico?
- Capítulo 10. Desde mi ermita
- Capítulo 11. Impresor en Delhi
- Capítulo 12. En el valle de Katmandú

PARTE III. UN SEGUNDO SOL

- Capítulo 13. Enseñanzas y profesión de los votos monásticos
- Capítulo 14. Dilgo Khyentse Rinpoche, maestro entre los maestros
- Capítulo 15. Viaje a Francia
- Capítulo 16. Primer encuentro con el Dalai Lama
- Capítulo 17. En el país del Dragón del Trueno
- Capítulo 18. Retiro con Dilgo Khyentse Rinpoche
- Capítulo 19. Una corta separación
- Capítulo 20. La transmisión de las Tres Cestas
- Capítulo 21. La vida cotidiana con el maestro
- Capítulo 22. Algunas manifestaciones de la Iluminación
- Capítulo 23. El monasterio de Shechen en Nepal
- Capítulo 24. Primer viaje al Tíbet

- Capítulo 25. El Tíbet oriental
- Capítulo 26. Iniciación a la Rueda del Tiempo
- Capítulo 27. Segundo viaje al Tíbet oriental
- Capítulo 28. Exilio en Darjeeling
- Capítulo 29. Reencuentros y despedidas

PARTE IV. PRESERVAR EL PATRIMONIO ESPIRITUAL

- Capítulo 30. Archivero
- Capítulo 31. Perpetuación de las artes sagradas
- Capítulo 32. En busca de la reencarnación de Dilgo Khyentse Rinpoche
- Capítulo 33. Monje fotógrafo
- Capítulo 34. Un corazón inmenso: el Dalai Lama

PARTE V. VEINTIUNA VECES EN LA MORADA DE LAS NIEVES

- Capítulo 35. Aventuras en el Techo del Mundo
- Capítulo 36. La Montaña de Plata y el Lago del Eterno Frescor
- Capítulo 37. Tras las huellas de Shabkar
- Capítulo 38. ¿Más alto que el Everest?
- Capítulo 39. Los jinetes del Techo del Mundo
- Capítulo 40. Regreso de un maestro al Valle del Renacimiento
- Capítulo 41. El vagabundo de la Iluminación
- Capítulo 42. Una ciudad dedicada a la filosofía

PARTE VI. EN PLENO TORBELLINO

- Capítulo 43. El monje y el filósofo
- Capítulo 44. De un libro a otro...
- Capítulo 45. Un inesperado retorno a la ciencia
- Capítulo 46. Al servicio de los más desfavorecidos
- Capítulo 47. Diplomático *amateur*
- Capítulo 48. Los clarines de la fama
- Capítulo 49. Dordoña, cuarenta años más tarde

PARTE VII. RETORNO A LAS FUENTES

- Capítulo 50. La Ciudadela del León de las Nieves
- Capítulo 51. Pemako, el lugar en forma de flor de loto
- Capítulo 52. La ermita de las montañas en calma

EPÍLOGO

MAPAS

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

«No olvides al maestro,
rézale continuamente.
No dejes tu mente vagabundear,
observa su naturaleza.
No olvides la muerte.
No olvides a los seres,
reza por ellos con compasión».
DILGO KHYENTSE RINPOCHE

NOTA DEL AUTOR

Resulta algo extraño y poco natural escribir unas Memorias cuando alguien ha dedicado gran parte de su vida a alejarse de una visión centrada en uno mismo y a evitar el individualismo. Siempre he tenido el amor altruista por horizonte, una meta a la cual el ego nunca podría conducir. Es por este motivo por lo que el presente texto no pretende ser tanto una autobiografía en el sentido tradicional, como el testimonio de una vida inspirada en todo momento por los maestros espirituales a los que he conocido.

No veo qué interés podría tener hacer de mi persona el tema de un libro, de modo que no soy en estas páginas sino un intermediario, un transmisor, hacia aquellas y aquellos que han alimentado mi búsqueda espiritual, que me han guiado, me han iluminado, me han alentado a comprometerme a convertirme en un mejor ser humano y a contribuir, en la medida de mis capacidades, al bien de los demás.

De mi primer viaje a la India y de mi encuentro con mi maestro-raíz, conservo un pequeño cuaderno amarillo en el que había anotado desordenadamente mis reflexiones, así como también... algunas observaciones ornitológicas. Siguieron otros, antes de que los calendarios tibetanos acogieran mis sucintas anotaciones cotidianas. De ahí es de donde he extraído la materia prima, como refuerzo de mi memoria y de la de mis amigos, para evocar el mundo en el que vivieron los seres notables que fueron mis maestros. Me he esforzado por ofrecer una visión general de las enriquecedoras enseñanzas de las que he sido testigo y receptor privilegiado, y he trazado las grandes etapas de mi búsqueda interior, libre de posesiones y apegos a ningún lugar concreto. Soy desde hace cincuenta años un monje errante, en el

sentido originario del término: errar, del latín *iterare*, que significa «caminar», «viajar», «ir en busca» de algo.

Espero que este testimonio os inspire y que un poco de la luz que he recibido de estas personas caras os llegue a través de estas páginas.

PARTE I

AL ENCUENTRO DEL MAESTRO

CAPÍTULO 1

12 DE JUNIO DE 1967

Encuentro en Darjeeling, cerca de la frontera con el Tíbet, con el maestro espiritual que iba a orientar mi vida: Kangyur Rinpoche.

Nací el 12 de junio de 1967, a la edad de veintiún años. Ese día conocí a Kangyur Rinpoche, mi primer maestro espiritual.

Una carretera sinuosa y llena de baches, de más de tres kilómetros, conducía en pronunciada pendiente hasta Lebong, pequeño pueblo a los pies de Darjeeling. Al norte, en la frontera entre Sikkim, Nepal y el Tíbet, hasta cerca de los ocho mil seiscientos metros de altitud, se elevaban las cimas nevadas del Kanchenjunga, el «Gran Glaciar de los Cinco Tesoros».¹ El conductor desconectaba el contacto durante el descenso. En un país en el que la mayoría de la población vive con el equivalente de uno o dos euros al día, uno adquiere enseguida el sentido del ahorro. El trayecto se realizaba por tanto aquel día, como todos los demás días, principalmente en punto muerto, y tenía mucho de acrobacia. Una decena de aldeanos, junto conmigo, íbamos amontonados entre los fardos de mercancías, algunas gallinas y dos cabras en un Land Rover con un largo parte de reparaciones y que realizaba el servicio regular de lanzadera. Una pequeña placa cerca del volante, con la mención *Progressively manufactured by Mahindra and Mahindra*,* recordaba el modo en que se hacen las cosas en la India: poco a poco y gracias al concurso del mayor número posible de personas. En el exterior, tres o cuatro pasajeros, de pie sobre el parachoques trasero, se agarraban como podían en las curvas, sin

soltar sus paraguas multicolores con los que se protegían de los aguaceros.

Antes de apearnos en Lebong, pasamos por el mercado para comprar algo de fruta y otros productos con que poder obsequiar a Kangyur Rinpoche y su familia. Me acompañaba Tulku Pema Wangyal, el hijo mayor, que fue mi primer amigo e intérprete. Mi inglés rudimentario y mi total desconocimiento del tibetano no me permitían dialogar directamente con Kangyur Rinpoche, quien muy pronto se convertiría en mi maestro a pesar de la barrera de la lengua. Por fortuna, Tulku Pema había subido a Darjeeling para visitar al padre Vincent Curmi, un jesuita canadiense cuya dirección me habían facilitado y que me había ofrecido hospitalidad a mi llegada la noche anterior.

Tras atravesar un bosque de *Cryptomeria*, cuyos troncos majestuosos se elevaban a más de veinte metros de altura, el Land Rover nos dejó al borde de la carretera, unos kilómetros más adelante del pueblo de Lebong. Unas resbaladizas escaleras de piedra, verdes de musgo, y un pequeño camino erosionado por las inclemencias, nos llevaron hasta una aldea formada por una decena de casitas de madera recubiertas con tejadillos de chapa ondulada, pintada de marrón o verde, y bajo los cuales unos grandes toneles recogían el agua de lluvia que se vertía por los canalones. Al llenarse pronto con las lluvias torrenciales del monzón, se desbordaban sobre el arroyo. Unos niños corrían de un lado para otro con alegre bullicio. Sobre la puerta baja de una de aquellas casitas, un volante de cintas azules, rojas y amarillas indicaba la presencia de una familia tibetana, en una aldea poblada principalmente por nepalíes.

Una vez franqueada la puerta, descendí unos escalones de madera y penetré en una pequeña habitación con el suelo carcomido, que servía de cocina y de antecámara. Entreví a varias personas sonrientes, pero, con el espíritu absorto por el encuentro inminente que esperaba, guardo pocos recuerdos precisos de la acogida que recibí. En la segunda habitación, apenas más grande, estaba Kangyur Rinpoche,

sentado en una cama someramente constituida por unos tablones y recubierta de una alfombra tibetana amarilla y roja de tonos descoloridos. A lo largo de las paredes, había una cincuentena de grandes fardos de cuero, apilados hasta el techo. Contenían, como había de enterarme más tarde, la preciosa biblioteca que Kangyur Rinpoche se había traído con grandes dificultades del Tíbet. La salvó así de una destrucción segura por parte de la guardia roja de la «Gran Revolución Cultural», de la «liberación pacífica del Tíbet», eslóganes de la propaganda china que designaban en realidad la invasión del Tíbet por la República Popular de China de Mao, en 1950, y que condujo al exilio del Dalai Lama en 1959. Una mesa cuadrada, varios baúles, una segunda cama y un gran reloj completaban el mobiliario. Presenté al maestro mis modestas ofrendas y, sin saber muy bien qué hacer, me senté a sus pies sobre una pequeña alfombra, en el suelo.

Así comenzó la aventura que iba a inspirar el resto de mi existencia.

*

Había leído biografías de sabios, de santos y de ermitaños, pertenecientes a diferentes filosofías y religiones; había visto fotografías de maestros contemporáneos y escuchado relatos de viajeros, y todo ese camino me había conducido a aquel aquí y aquel ahora: por primera vez, me hallaba en presencia de un maestro espiritual.

Emanaba de Kangyur Rinpoche, que estaba en oración, una apacible fuerza bienhechora, y su simple presencia confería al lugar una tranquilidad cuya existencia no sospechaba. Se habría dicho que cada objeto, cada instante, eran portadores de la serenidad del maestro. No se oía otra cosa más que el roce de las cuentas del *mala*, el rosario budista que se desgranaba lentamente entre sus dedos y que estaba compuesto por pequeños abalorios de madera, lustrosos por la

recitación de millones de mantras.² La oración era algo tan natural en él como la respiración.

Con la distancia que proporcionan los años, me he dado cuenta de que aquel encuentro era de una naturalidad tan simple, de una evidencia tan clara, de una fuerza tan apacible, que las palabras son impotentes para describirlo. Hay acontecimientos cuya perfección se nos impone con tal poderío, que el lenguaje no puede sino traicionarlos. Es viviéndolos como uno les toma la medida, y aun así imperfectamente, según los límites de nuestro entendimiento. Sin embargo, para compartir esta parte ínfima que he podido aprehender de aquel instante ideal, no cuento más que con palabras, las cuales no son sino pálidos reflejos de la sustancia del encuentro: amor, sabiduría, conocimiento, belleza, nobleza, simplicidad, fuerza anímica, dignidad, coherencia... Tales eran, entre otras, las cosas que emanaban de aquel primer contacto con mi maestro «muypreciado», traducción del título honorífico «Rinpoche».

En presencia de un ser especial, lo mejor que podemos hacer es abrir nuestro corazón, nuestra alma, y dejarnos impregnar por sus cualidades, para luego perseverar durante meses, años, durante toda la vida... Ciertos textos budistas, que descubriría más tarde, hablan de un ordinario leño de árbol que yacía en medio de un bosque de árboles de sándalo: a fuerza de impregnarse de las gotas de lluvia que gotean de esta madera preciosa, terminaba por adquirir su fragancia.

El encuentro con un maestro auténtico expone en carne viva, en lo más profundo de nosotros, la vulnerabilidad y la perplejidad que sentimos ante la existencia. ¿Tiene la vida sentido? O, por decirlo más modestamente: ¿puedo dar yo un sentido a mi vida? En esta ocasión, no se trata de dar vueltas en la mente a oscuras preocupaciones, de hacer el inventario de viejas heridas, o de alimentar los fantasmas del porvenir, sino de saborear la dulzura de un bálsamo benefactor, aquí y ahora.

Es imposible agotar la presencia de un maestro como este. Uno querría fundirse con él y no separarse nunca. Aquello que durante

tanto tiempo se había deseado sin llegar a concebirlo plenamente, se ofrece ante nosotros, a nuestro alcance. Se ha terminado el estéril pasar de los minutos y las horas: en una presencia tan luminosa, el tiempo nos llena hasta absorbernos, en un espacio inagotable. Un solo instante bastaría para colmarnos, pero, más aún que eso, se expande, se enriquece día tras día y se nos da para que podamos extraer de él la quintaesencia.

La esposa de Kangyur Rinpoche, a la que todos llamaban con respeto y afecto Amala, «madre», era la encarnación radiante de la dulzura. Su realización espiritual igualaba a la de los más grandes maestros. Si Kangyur Rinpoche brillaba como un sol, ella relucía como una luna serena. Nunca había visto una mirada tan dulce. Y después de que su mirada te penetrara, venía su sonrisa, que suspendía el tiempo en un espacio de benevolencia incondicional.

Su hijo mayor, Pema, joven de una amabilidad infinita, había de convertirse en intérprete, compañero, guía y más adelante en maestro espiritual de los discípulos de su padre, incluido yo mismo. Aunque sus cualidades fuesen evidentes, los primeros discípulos occidentales ignoraban que era la encarnación de un gran maestro del pasado, Taklung Tsetrul Rinpoche. Este joven tan humilde, que estaba siempre sonriente a disposición de todos, habría sido en el Tíbet el abad venerado de un importante monasterio. Este anonimato temporal encajaba perfectamente con su modestia. Desde su más tierna edad, había recibido instrucciones espirituales de su padre y estudiado múltiples textos con él. Por la época de mis primeras visitas, pasaba una parte del año, junto con su hermano menor, Rangröl Dorje, en Sarnath, cerca de Varanasi, en el Instituto de Altos Estudios Tibetanos (*Tibetan Institute of Higher Studies*), donde varios centenares de estudiantes, refugiados como ellos, llevaban sobre sus hombros la frágil herencia de la filosofía y las ciencias tradicionales del budismo tibetano.

El benjamín, Jigme Khyentse, que entonces tenía tres años y medio de edad, y que había de convertirse también en uno de mis maestros

más venerados, era un niño de una mirada asombrosamente viva. Pasaba una gran parte del tiempo en compañía de su padre, dormía incluso a su lado.

La hija mayor de Kangyur Rinpoche, Rigdzin Chödrön, vivía en una aldea vecina, con su marido, su hija de tres años, Dawa, y la recién nacida Dekyi. Venía todos los días a visitar a sus padres. Sus dos hermanas pequeñas, Yangchen Chözom y Pema Chökyi, estudiaban en la escuela tibetana del campo de refugiados de Darjeeling. La armonía que reinaba, y continúa reinando, en la familia de Kangyur Rinpoche siempre fue uno de los ejemplos más inspiradores de las enseñanzas que nos dispensaba. Los días pasaban, casi idénticos, y sin embargo tan ricos en descubrimientos.

Kangyur Rinpoche y su familia se despertaban bastante antes del alba y, durante una hora o dos, nadie se movía. Sentados en sus camas, susurraban sus oraciones, desgranaban su *mala*, o permanecían en contemplación silenciosa. A continuación resonaban las suaves crepitaciones del fuego que encendían en la cocina y, poco después, el ruido de moler el té. Con ayuda de un largo mango provisto de una contera que subía y bajaba como un pistón por el interior de un tubo de madera circundado de anillos de cobre, mezclaban una parte del producto de la molienda con agua hirviendo, a la que añadían mantequilla y sal. El té se acompañaba con tortas de trigo cocidas al fuego de leña en el hogar de tierra batida. De las paredes de la cocina, ennegrecidas por el hollín, colgaban cucharones de latón, algunas cazuelas y un calendario indio con la imagen de Krishna niño.

Mi maestro permanecía sentado, silencioso, sereno, como una montaña de sabiduría y de bondad, ciertamente impresionante, pero accesible. La mayor parte del día continuaba en meditación o en oración, susurrando mantras, junto a una ventana que se abría a un mar de nubes del que emergía en ocasiones la altanera cadena del Kanchenjunga. Su mirada, de una profundidad insondable, reflejaba una Iluminación inmutable. El tictac de un reloj subrayaba la calidad

del silencio y desgranaba las horas que transcurrían, rebosantes de la disponibilidad del maestro y de la aspiración del discípulo.

En la estancia de entrada que servía también de cocina, sentado con las piernas cruzadas encima de una cama, a la altura de la ventana, Lama Wangchen, un maravilloso lama copista, caligrafiaba preciosos manuscritos con un bambú tallado y tinta fabricada a partir del hollín del hogar, finamente machacado y mezclado con un poco de cola. A menudo prorrumpía en una risa silenciosa que le hacía fruncir todo el rostro, antes de volver a colocar bien la cabeza entre los hombros y sacar ligeramente la lengua, como hacen a veces los tibetanos en señal de educación.

Desde los primeros días, mi meditación consistió principalmente en unir mi mente con la del maestro, una unión que iba a inscribirse en el corazón de mi práctica para el resto de mis días. Esta experiencia, simple y profunda, consiste en mezclar la propia mente, estrecha y confusa, con la del maestro, vasta, libre y clara, al modo en que el espacio confinado de una vasija se mezclaría con la inmensidad del cielo tan pronto como sus paredes desaparecieran. En mi entusiasmo de novicio, percibía a veces el ritmo apacible de la respiración de Kangyur Rinpoche e intentaba sincronizar con ella la mía. Pensaba ingenuamente que eso me ayudaría a hacerme uno solo con él. En otros momentos, mi mente reposaba en la simplicidad silenciosa que reinaba en la estancia. Pero todo ello no era apenas más que las probaturas de un espíritu balbuciente que daba sus primeros pasos vacilantes en el espacio de la conciencia. Iniciaba una búsqueda cuyo destino todavía ignoraba.

Solo con mi maestro, meditaba durante toda la mañana, o lo intentaba al menos, y una buena parte de la tarde. Hacia las once, la esposa del maestro, o una de sus hijas, traía una bandeja de madera que contenía un plato de arroz, un cuenco de verduras cocidas con aceite de mostaza y sazonadas con especias indias, y una taza de té. Esta irrupción señalaba el final de la meditación de la mañana.

Por la tarde, en ocasiones subía a Darjeeling, que no era por entonces más que un pueblo grande, pero la mayor parte de las veces me quedaba a meditar hasta el crepúsculo, con mayor motivo por encontrarnos en plena estación del monzón. Las horas que pasé sentado con las piernas cruzadas, postura a la que no estaba muy acostumbrado, terminaron por causarme unos dolores que muchas veces dominaban mi meditación. No obstante, advertía que, en el fondo del dolor, la naturaleza de la mente no cambiaba, que no dependía de la comodidad o la molestia, de la alegría o la tristeza. Estas sensaciones, y los pensamientos que desencadenan, no hacen más que colorear la periferia de la mente, cuya naturaleza esencial permanece inmutable, de la misma manera que la cualidad fundamental de la luz, su virtud de iluminar los objetos, no se modifica por el hecho de que aquello que ilumine sea una montaña de basura o un montón de piedras preciosas. Al caer la tarde, Kangyur Rinpoche recitaba unas oraciones en voz alta, y luego encendían una pálida bombilla que colgaba de un hilo clavado en el techo. Acto seguido servían la sopa para cenar. Hacia las nueve, los ocupantes de la casa se dormían. Me cedieron una de las camas sobrantes, que, como supe más tarde, era la de Pema, el hijo mayor. La familia dormía dispersa aquí y allá, sobre unos cojines aplanados, cuadrados, rellenos de salvado de arroz y unidos de dos en dos para formar colchones. Hoy me doy cuenta de que era muy poco educado por mi parte instalarme de aquel modo en la casa de mi maestro. Pero la hospitalidad tibetana es discreta, natural y sin límites.

La intensidad y la profundidad de aquellas jornadas vividas en presencia de Kangyur Rinpoche no excluían en modo alguno la simplicidad y el buen humor. A la hora de las comidas, o cuando entraba un miembro de la familia, o una visita, las conversaciones se animaban discretamente y las risas abundaban. En aquellas conversaciones, como en todas las actividades de la vida de cada día, uno se encontraba con la tranquilidad y la serenidad que nacían en el corazón de las meditaciones cotidianas. La huella que imprimían estas

últimas era tan profunda, que el recogimiento parecía perpetuarse, dejando su marca de agua, en cada acción, en cada gesto y en cada palabra, como si no hubiera nada que pudiera apartar de la vía de la sabiduría.

Lo que más me sorprendía en aquellos momentos «ordinarios», era la armonía sutil, intemporal, deliciosa incluso, que reinaba en torno a Kangyur Rinpoche. La noción de «alimentos espirituales» adquiría todo su sentido: cada instante, cada gesto, cada palabra, parecía ayudar, inspirar, guiar, recordar, reconfortar.

El tiempo pasado en presencia de Kangyur Rinpoche actuaba como el alivio bienvenido del viajero que, tras años de errancia, descubre un remanso de paz y se descarga de su fardo. Yo tenía la impresión de encontrarme por fin en lo que era mi casa en el seno de la existencia. Todo ocupaba su lugar, se recomponía sin artificio ni complicación. Nunca sentí el peso del tiempo que transcurre lentamente, ni el aburrimiento que puede acarrear; allí tenía lugar algo esencial, rico y precioso. Hasta aquel momento, yo había sabido qué era lo que no quería: una vida vana, insípida, vacía de sentido, dispersa, desencantada; pero sin saber a lo que aspiraba verdaderamente. A partir de entonces, las cosas se hacían más claras: aspiraba a seguir el camino que conduce de la confusión a la claridad, de la ignorancia al conocimiento, del sufrimiento a la felicidad, y de la servidumbre a la libertad.

Me vienen a la memoria, con cincuenta años de distancia, algunas anécdotas que salpicaron mi primera estancia. Una tarde, Kangyur Rinpoche cogió una campana, la hizo sonar y la sostuvo en el aire hasta que su sonido cristalino se desvaneció en el silencio. Entonces, a través de su hijo mayor, me preguntó con una sonrisa traviesa en los ojos: «¿Quién produce el sonido? ¿La campana? ¿El badajo? ¿La mano?». Perplejo, pero consciente de que había allí algo importante que comprender, intenté formular una respuesta: «¿No es la mente la que produce el sonido?». No ignoraba que mi respuesta se mantenía en un plano muy intelectual y no traducía una comprensión íntima de

lo que mis palabras adelantaban. Kangyur Rinpoche me dirigió una mirada alegre, rio y guardó silencio. En aquel momento, las cosas no estaban claras para mí, pero era de hecho la primera vez que Kangyur Rinpoche me introducía en la naturaleza de mi propia mente. Había querido indicarme el aspecto indescriptible de su naturaleza luminosa, desprovista de toda construcción conceptual y siempre presente detrás de la pantalla de los pensamientos.

En ciertas ocasiones, en el momento oportuno, el maestro le pide al discípulo que examine sus pensamientos, que los observe: ¿de dónde proceden? ¿Dónde permanecen? ¿Dónde desaparecen? Por fuerza debemos reconocer nuestra incapacidad para localizar el origen de nuestros pensamientos y para atribuirles características propias: forma, naturaleza, ubicación... Una vez desaparecidos, no se han ido a ninguna parte: se han disuelto simplemente en la vacuidad de donde surgieron en primer lugar, así como las olas surgen del mar y vuelven a él. Anoté en un pequeño cuaderno lo que un día me había venido a la mente: «La espuma aflora del mar sin que este deje de ser mar, y se reabsorbe de nuevo en la masa oceánica sin que esta se vea afectada en lo más mínimo». Aparte de estas instrucciones puntuales, pero ¡oh, cuán preciosas!, durante aquella estancia Kangyur Rinpoche no me dio ninguna enseñanza formal acerca del camino del budismo.

Otro día, sentí la omnipresencia del maestro en todo aquello que percibía y anoté en mi cuaderno de viaje algunas reflexiones: «La mente del maestro está en el fondo de todas las cosas y de cada ser; en el fondo de mí, de Pema, de la mesa, del mundo entero. Esta presencia no resulta modificada por el desarrollo de los acontecimientos de la vida ni de los pensamientos que la enmascaran. El ego no tiene más que la realidad que se le da, y el discípulo obtiene resultados en la medida de su fervor». Al releer hoy estas anotaciones, me doy cuenta de que había tenido algo así como la intuición de la práctica conocida como «visión pura», la percepción de la presencia del maestro en todas las cosas. Con el paso de los días, advertí que todas las

meditaciones que comenzaban por la devoción, se desarrollaban con mayor naturalidad que las demás.

Con motivo de la ausencia, en cierta ocasión, del hijo mayor, desprovisto por tanto de intérprete, Kangyur Rinpoche me señaló varios objetos y me preguntó por gestos cuáles eran sus nombres en mi lengua materna. A medida que yo le respondía, él repetía, divertido, las palabras francesas. Cogió una libreta y las escribió de acuerdo con la fonética tibetana: *cuillère* («cuchara»), *fourchette* («tenedor»), *table* («mesa»), *soleil* («sol»), *lune* («luna»)...

Bastantes años más tarde, cuando Kangyur Rinpoche se había trasladado al monasterio de Orgyen Kunsang Chökhörling, al sur de Darjeeling, levantó la almohada, sacó la vieja libreta y, con el mismo humor, me leyó en voz alta aquel pequeño vocabulario francés.

Una tarde en que yo estaba absorto en mi meditación, Kangyur Rinpoche me golpeó de pronto en las manos para sacarme del limbo. Un maestro eminente, Pawo Rinpoche, acababa de llegar. Preocupado por no faltar a la etiqueta adecuada en tales circunstancias, me puse de pie al instante y me quedé discretamente apartado en un rincón de la estancia. El encuentro de dos grandes maestros ofrece siempre un espectáculo sorprendente, uno se siente maravillado al constatar la misma virtud del ser en rostros diferentes. Lejos de caer en una rígida solemnidad, tales reuniones chispean de alegría, de espontaneidad y de buen humor. Dos soles brillaban súbitamente en la habitación. Tan pronto se iluminaban el uno al otro, como se confundían. Para el discípulo, ser testigo de estos encuentros confirma que la Iluminación no constituye un caso aislado, una meta inaccesible, sino la culminación de un camino que otros ya han recorrido. Nos reconfortan en la convicción de que si uno se dedica con una determinación inamovible a la práctica espiritual, llegará al destino: la total libertad interior. En presencia uno del otro, los maestros rivalizan en una humildad perfectamente auténtica, así como las ramas de un árbol cargado de fruto se inclinan hacia el suelo. ¡Qué lección para aquellos que piensan que la adquisición de conocimientos y de

virtudes justifica la vanidad, por no decir la arrogancia! Ni que decir tiene que esta lección aún es más pertinente de cara a la fama, al poder, a la riqueza, a la brillantez intelectual o a la belleza física, a cuya vara de medir se somete a veces el éxito. La humildad es una de las cualidades distintivas de un maestro verdadero. Si falta, mejor pasar de largo.

Tuve ocasión de visitar en diversas ocasiones a Pawo Rinpoche en el monasterio en el que residía, en Bhutia Basti. Hombre particularmente afable, reía con frecuencia, y cuando lo hacía, su rostro entero parecía no ser otra cosa más que una gran sonrisa, dominada por dos ojos chispeantes de gentileza.

Tulku Pema Wangyal, el hijo de Kangyur Rinpoche, me llevó a conocer a otro maestro eminentemente respetado, que vivía en Kalimpong, a dos horas por carretera de Darjeeling: Dudjom Rinpoche (Rinpoche es un apelativo respetuoso que se da a los maestros espirituales tibetanos, y que significa «muypreciado», «muy venerable»). La sinuosa carretera atravesaba bosques de inmensas *Cryptomeria*, para descender hasta el valle del poderoso río Tista, que se cruzaba por un puente colgante antes de volver a subir hacia Kalimpong, situado a 1.500 m de altitud, agradable enclave rural, generalmente más soleado que Darjeeling, y desde el que se distinguían a lo lejos los contrafuertes de Bután al este y de Sikkim al norte. Tulku Pema Wangyal manifestaba un respeto inconmensurable hacia Dudjom Rinpoche, uno de los maestros más impresionantes a los que he tenido ocasión de conocer, y todo ello con la gran simplicidad de la que no se desprendía jamás. Irradiaba bondad, como encarnación viviente de la presencia iluminada que se manifestaba a cada instante en su rostro. Me explicó que existían dos tipos de meditación, una de ellas activa, basada en la concentración, y la otra, desprovista de objeto de concentración, que purifica y clarifica la mente hasta el punto de asemejarla con un cielo inmaculado.

Aunque el budismo tibetano no esté organizado de acuerdo con una jerarquía formal, Dudjom Rinpoche estaba considerado como el

patriarca de la tradición Nyingma, y los tibetanos le profesaban un gran respeto. Esta tradición, la más antigua del budismo tibetano, corresponde al primer periodo de traducción del sánscrito al tibetano de los textos canónicos del budismo, que tuvo lugar entre los siglos VIII y IX, con ocasión de la llegada al Tíbet de Gurú Padmasambhava, el «Maestro Nacido del Loto».

*

Habían pasado ya tres semanas. El momento de regresar a Darjeeling y de proseguir mi viaje a través de la India había llegado más deprisa de lo que a mí me habría gustado. Antes de despedirme, le planteé a Kangyur Rinpoche las preguntas que me acuciaban:

—¿Debo venir a vivir con usted?

—Termina primero los estudios que has comenzado —me contestó, antes de añadir—: No es deseable interrumpir una tarea que está a punto de concluirse.

—¿Debo fundar un hogar?

—No decidas nada antes de los treinta años, y las cosas se verán más claras —me aconsejó.

Me dijo que viviría entre setenta y ochenta años, con la condición de practicar la meditación. La despedida fue muy emotiva. Kangyur Rinpoche me dio su bendición: me sostuvo las manos, me tocó la cabeza con la suya durante unos diez segundos que parecieron escaparse del transcurso del tiempo, y a continuación me pasó una estola blanca alrededor del cuello y me conminó a continuar practicando. Me alejé caminando hacia atrás, con los ojos llenos de lágrimas. ¡Había recibido tanto! ¿Cómo asimilar todas aquellas nuevas riquezas? Finalmente, dije adiós a Amala y al lama copista.

No pasaba ningún coche, de modo que partí a pie con mi mochila a la espalda. Tulku Pema Wangyal me acompañó hasta el hipódromo de Lebong, a un kilómetro de distancia, donde debían de haberse celebrado carreras de caballos en la época del Raj británico. Me

explicó que el maestro espiritual percibía el fervor del discípulo, aunque los separaran grandes distancias: «Ve a su discípulo como una pequeña llama más o menos brillante según su devoción». Esta indicación fue una gran fuente de inspiración y de quietud cuando yo residía muy lejos de allí, en la grisura de la vida parisina. En el momento de separarnos, cuando me disponía a tomar los atajos para llegar a Darjeeling a través del bosque, la última recomendación de Tulku Pema Wangyal fue: «Conserva constantemente al maestro en la mente, mezcla tu mente con la suya y nunca estará separado de ti». Acto seguido añadió: «¡No me olvides!». No había peligro de que tal cosa sucediera...

* «Fabricado progresivamente por Mahindra y Mahindra».

CAPÍTULO 2

DE BENARÉS A CACHEMIRA

Rostros de maestros tibetanos en un documental de exploración de Arnaud Desjardins por la India.

Unos meses antes, a comienzos de la primavera de 1967, Arnaud Desjardins y su esposa Denise me habían invitado a ver en su casa el documental «El mensaje de los tibetanos», que habían realizado en el transcurso de un periplo de seis meses en la India, acompañados por un intérprete del Dalai Lama, Sonam Kazi. Arnaud era amigo de mis padres, un productor de televisión apasionado por la espiritualidad y los maestros hindúes. Escribió posteriormente un buen número de obras que conmovieron a un gran número de lectores. Había filmado a los maestros tibetanos que habían huido de la invasión comunista china y se habían refugiado en las vertientes indias y butanesas del Himalaya. En la segunda parte de la filmación,¹ durante tres largos y silenciosos minutos, una veintena de rostros de ermitaños y maestros espirituales aparecían unos junto a otros, de cara a la cámara. Tuve la impresión de encontrarme de pronto ante veinte Sócrates o San Franciscos de Asís, vivos hoy en día. Aunque su rostro y su aspecto físico fuesen muy diferentes, emanaba de ellos la misma fuerza espiritual. Nunca una secuencia de imágenes había producido en mi espíritu una impresión tan fuerte. Frédérick Leboyer, médico obstetra famoso por su método de parto sin dolor llamado «nacimiento sin violencia», y amigo de Arnaud y de mi madre, había estado también en Darjeeling y me enseñó los retratos fotográficos que había realizado. Él y Arnaud me confiaron que, de todos los maestros a los

que habían conocido, aquel que les había impresionado de un modo particular se llamaba Kangyur Rinpoche, y realmente, la visión de aquel rostro de una profundidad insondable y desbordante de bondad actuó en mí como una revelación: mi decisión de partir hacia la India estaba tomada.

Fueron por tanto aquel film y un retrato los elementos desencadenantes de mi cambio de vida. Resonaban en mi interior como una llamada. ¿Por qué había percibido de aquel modo la fuerza generosa y acogedora que emanaba particularmente de mi maestro, distinguiéndolo de todos los demás? Aprendí más tarde que, según las enseñanzas budistas, pueden existir afinidades profundas así entre un maestro y sus discípulos. Con el tiempo y la distancia, me he dado cuenta de que el rostro de un maestro expresa algo único, y la fotografía puede actuar como un revelador y convertirse por sí misma en la mediadora de un verdadero encuentro.

La belleza de aquellos seres excepcionales, que irradiaba del interior, está lejos de responder a los criterios estéticos del ideal griego o hollywoodiense. Según estos códigos, algunos de los rostros podrían incluso interpretarse como «feos», cuando sin embargo ofrecen a la mirada la más pura y esencial de las experiencias: una ventana a las cualidades de la Iluminación. Esa belleza no engaña, sería incapaz de ocultar un corazón de piedra tras unos rasgos angelicales. Ante la visión de un sabio, de un rostro que irradia la armonía de la sabiduría y del amor altruista, uno sabe intuitivamente que está en presencia de una persona capaz de conducirnos a realizar lo mejor de nuestra naturaleza, aquello que permanece dormido en cada uno de nosotros y de nosotras.

*

El 2 de junio de 1967, el gran día de la partida hacia la India había llegado. Una amiga, Christine O., me dejó en una de las puertas de París y yo me marché en autostop con destino a Múnich, de donde

debía despegar el día 5 de junio un vuelo chárter de Syrian Arab Airlines para Delhi. Me demoré un poco por el camino, en especial una noche que pasé en un albergue de juventud a orillas del hermoso lago de Starnberg. En Múnich, visité el museo de la Pinacoteca, del que mi madre me había hablado a menudo, y a continuación me dirigí al establecimiento de un comerciante de clavicémbalos de gran reputación, que había fabricado el instrumento utilizado por Helmut Walcha, intérprete de J. S. Bach al que yo admiraba entre todos. El 5 de junio, al llegar al aeropuerto me enteré de que acababa de estallar la que se conocería como Guerra de los Seis Días. El vuelo había sido anulado. Dudé unos momentos, pensando en partir en autostop hacia la India, hasta que, después de una serie de vacilaciones, los pasajeros fuimos transferidos a la BOAC, la compañía nacional británica de la época. Tras partir el día 6 por la noche, aterrizamos en Delhi a primeras horas de la mañana del día 7 de junio. Con tan solo seiscientos cincuenta rupias en el bolsillo,² y aunque estábamos a 43° a la sombra, la necesidad se impuso: decidí atravesar la ciudad a pie, con la mochila a la espalda, para dirigirme a casa de Narayan Menon, un amigo indio de Frédérick, quien me había advertido de que aquel director de la radio nacional era un maravilloso intérprete de la vina, un instrumento de cuerdas emparentado con el sitar. Conseguí, no sin dificultades, dar con su dirección en el laberinto de calles de Delhi. Narayan me ofreció su hospitalidad y me ayudó a obtener un billete de tren para Darjeeling. La mañana de mi partida, a petición mía, tuvo la bondad de tocar, maravillosamente, un raga, forma tradicional de la música clásica hindú cuyo nombre significa «pasión», una pasión interiorizada en la profundidad de esa música de armonías tan complejas que yo había descubierto en Francia gracias a las grabaciones. La ejecución habitual de un raga se prolonga casi por una hora, tras comenzar muy lentamente y progresar *in crescendo*, permitiendo al intérprete demostrar brillantemente su virtuosismo.

Cuarenta y seis horas de tren más tarde, llegué hacia las once de la noche a Siliguri, ciudad comercial situada al pie de las montañas,

punto de paso obligado entre la India, Nepal y Bután. El tren hacia Darjeeling salía a la mañana siguiente, de modo que pasé una noche algo así como espartana en el andén de la estación. Pero no estaba solo, ¡todo lo contrario!

Después de las tórridas planicies de la India, el lento ascenso hacia Darjeeling constituyó una experiencia de ensueño. El *toy train* («tren de juguete»), como algunos lo llamaban, era, según me dijeron, el tren en servicio más antiguo del mundo. Su antigüedad estaba orgullosamente grabada en gruesos caracteres en el cuerpo mismo de la locomotora: «Fabricado en 1879». Rápidamente, el tren tomó altitud. Cuando la cuesta se acentuaba, uno de los ayudantes del conductor se sentaba a horcajadas sobre el parachoques delantero de la locomotora y, en los momentos en que se hacía necesario, derramaba arena sobre los raíles para que las ruedas no derrapasen en el ascenso. ¿Y si la pendiente se hacía demasiado pronunciada? Un pequeño cambio de agujas permitía al tren retroceder un centenar de metros por una rampa de suave desnivel para tomar impulso a toda máquina y salvar el repecho. La vía dominaba las ondulaciones aterciopeladas de las inmensas plantaciones de té, sobre las que pasábamos rozando pequeñas cascadas, por entre árboles inmensos y flores desconocidas. Un águila planeó unos instantes a la altura del tren, a diez metros de mi ventana. En ocasiones atravesábamos densos bancos de niebla de los que salíamos maravillados, de cara a las colinas que emergían de entre un mar de nubes.

El tren constaba de cuatro pequeños vagones. La gente subía y se apeaba en cualquier lugar, no solo en las estaciones: unos niños que volvían del colegio se encaramaban en marcha sobre los escalones exteriores e iban así aferrándose alegremente durante varios kilómetros. Anunciándose con gran despliegue de silbidos, el tren atravesaba los pueblos por el centro de la calle principal. Me llamó la atención lo apacible de los lugares y de sus habitantes, que contrastaba con la aspereza de sus condiciones de vida.